

Rukh

Margo Vega

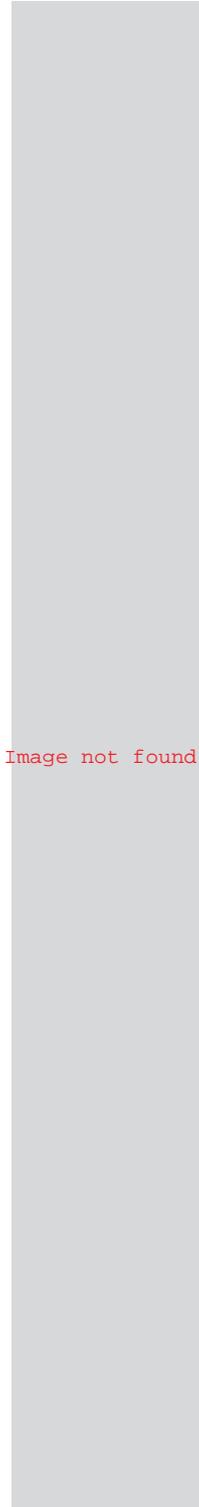


Image not found.

Capítulo 1

Abrió el pan por la mitad con los dedos y llevó un trozo a su nariz; de inmediato el aroma a frescura le inundó las fosas nasales. Se sentía suave y tierno al tacto por lo que no soportó más y le dio el mordisco más grande que pudo, seguido de dos más que terminaron de llenarle el buche. Por masticar rápido no saboreó bien el umami del pan y a los pocos segundos se empezó a ahogar y su cara se puso roja como la sangre. Manoteó hasta que dio con una botella y en dos tragos de cerveza se bajó los múltiples bocados. No pudo saborear bien la cerveza por la rapidez que desentonó en toz, pero aquella dejó un leve rastro de amargura en todo su paladar.

Volvió a respirar con normalidad y con la ayuda de las lánguidas palmaditas que recibió en la espalda su toz se calmó hasta desvanecerse en su totalidad.

—Te he dicho que no comas tan rápido —la reprendió Poe.

—Es que olía como a la gloria —se quejó Centa.

—Pero era tu último —alegó el muchacho, empezando a guardar las cosas en la bolsa de provisiones—, y te lo comiste vacío. —Cuando tomó la cuña de queso quitó un pedazo y se lo pasó a Centa que lo aceptó sin chistar, entonces, envolvió el resto en un retazo de tela—. Cómelo y duerme, que debemos descansar para continuar.

Centa se metió el trozo de queso a la boca pero esta vez lo masticó más lentamente para no pasar por la misma situación de antes, que se sintió enfadada. Se apoyó sobre sus rodillas con repentina pereza y en esa misma posición se arrastró hacia el lío de cobijas donde tendría que dormir. Cuando estuvo allí se recostó de lado alzando la cabeza con ayuda del codo. Debido a una fuerte tormenta que salió de la nada tuvieron que quedarse en la cueva donde habían estado durmiendo la noche anterior, y además, debido al mal estado del camino también tuvieron que abandonar a sus monturas más atrás. Ese viaje iba de mal en peor.

—No quiero hacer esta misión —dijo Centa y lanzó una piedrita que había cerca hacia otro lado de la cueva.

—Podemos devolvemos. —Poe tomó lugar en su propio y ordenado apartado para dormir, que quedaba al lado del de Centa, y se recostó de costado de modo que le daba la espalda a la chica. Cerró los ojos a pesar de que sabía que no se dormiría al instante.

—No quiero eso, pero tampoco podía dejarte venir solo —respondió Centa alzando una mano al aire para darle más entonación a lo dicho, a pesar de

que Poe no podía verla. Observó un momento el subir y bajar de su espalda y agregó: —Ya sabes que no me interesa pasar esta prueba o no o convertirme en Dirigente de la Guardia Real, pero es tu sueño después de todo. —Al no recibir respuesta inmediata se sentó en su lugar, cruzando las piernas—. Además, ¡no podrías hacer nada sin mí! —Rió con un tono que sonó como si se burlara de su amigo, y para agregar, agitó el cabello negro del muchacho.

Poe se sentó en sus cobijas de un bote lo que impulsó la mano de la rubia hacia atrás. Él la estrechó con la mirada. Poe y Centa se habían conocido alrededor de los quince años cuando ambos habían entrado al programa de entrenamiento de soldados para la guardia real. Él por heroísmo, y ella, por obligación. Desde que se conocieron fue una clase de complemento para él y aunque llevaban seis años juntos Poe aún no sabía la razón por la que ella simplemente no se había retirado cuando se graduaron a los dieciocho. Es decir, ella podía volver a su vida normal pero solo siguió escalando posiciones junto a él. Y allí estaban, ¡en la misión de sus vidas! Si la cumplían correctamente serían los dirigentes más jóvenes en la historia de la guardia real de Gargaskekmoor. ¡Todo un sueño! Pero ella no parecía entusiasmada.

El pelinegro recordaba a la perfección la primera vez que vio a Centa entre las filas de iniciados, destacando con su pelo reluciente. Llevaba una expresión demasiado seria para su edad y un uniforme que le quedaba grande, además, su cabello siempre le pareció sobrenatural. Brillaba de un color dorado con ligeros tonos rojizos como las monedas de oro nuevas, y a veces, sin razón aparente pasaba a un dorado más apagado con reflejos plata, como las monedas de menor valor.

Centa sonrió ante la expresión del muchacho, para molestarlo.

—Gracias —le dijo él, contrario a lo que ella esperaba.

—¿Estás borracho? —Cuestionó. Acercó su rostro al de él —sin romper los límites personales impuestos por la sociedad— para comprobar que Poe siguiera sobrio. Como era típico de ella, abrió los ojos como dos esferas para analizar bien lo que veía.

Poe sintió sus mejillas colorearse y se dejó caer sobre sus cobijas, sintiendo de inmediato una ola de dolor cuando se golpeó la parte trasera de la cabeza con el suelo demasiado duro que lo esperó bajo las telas. Soltó un quejido y dejó reposar la adolorida cabeza sobre el codo cuando volvió a ponerse de espaldas a ella, de lado.

—Solo pensé que... —comenzó a punto de hacerle un cumplido a su mejor amiga, pero se arrepintió cuando recordó la actitud que ella había tomado antes ante aquel tipo de situaciones—. Solo pensé que es muy amable de tu parte —repuso—. Ya sé que no te quita el sueño el tener que asesinar a

un ave indocta...

—Si solo quieren las plumas no entiendo porqué hay que matarla.

—Quieren una prueba de que de verdad fuimos con ella y no simplemente buscamos plumas en otro lugar más sencillo. Por eso tomaremos su cabeza.

Centa bufó.

—Como si pudiéramos conseguir plumas mágicas de *Rukh* en el mercado del pueblo.

Centa se acostó boca arriba en su propia cama improvisada y así se mantuvo hasta mitad de la madrugada, cuando sus ojos no pudieron aguantar más el pesar de la noche. Durante el transcurso del tiempo que resistió, sus pensamientos se llenaron de lo que tendría que hacer luego, lo que venía. Matar a un animal... o incluso a un humano no era algo nuevo para ella, pero, matar a esa ave era un problema mayor.

De joven Centa había sido una chica problema y para deshacerse de ella sus padres la mandaron a la guardia. Su familia tenía el dinero suficiente para ocuparla con un marido que se la lleve lejos por un tiempo y así solo tendrían que verla en Las Temporadas. Pero no lo hicieron. Centa no sabía si agradecer o no aquel gesto; la idea era que era ella encarrilara su carácter explosivo, y vaya que tuvo problemas debido a él durante el entrenamiento. O eso les contaba a todos. Y ese fingido esfuerzo de volverla una mujer madura se irían al traste ahora que tendría que matar al *Rukh*. Por supuesto no por culpa de Poe, ya que ella tuvo la elección, pero Centa haría lo que fuera por el éxito de su amigo.

Despertó cuando ya el sol había subido a lo alto del cielo con el ruido de los pasos de Poe, que nunca perdía el tiempo durmiendo de más. Se removió entre las sábanas y rodó su cuerpo hasta que quedó boca abajo con el pelo sobre la cara. Deslizó algunos cabellos detrás de sus orejas, y entonces, al fondo de la cueva vio algo que antes le había pasado desapercibido. Era una especie de resplandor platinado que resurgía de una grieta en la piedra. Dejó caer la cabeza —con cuidado de no golpearse— sobre su brazo porque seguía agotada. La oscuridad le llenó los ojos cuando el brazo le impidió la vista. Con la mano libre señaló hacia delante con el índice y dijo:

—¿Qué es eso?

Poe miró el barullo de cabello que sobresalía entre las sábanas de Centa, y luego siguió la longitud de su brazo hasta que llegó a la punta de la uña y siguió mirando en esa dirección hasta que el marco se acabó dejando

ver un resplandor platino en la pared de piedra norte de la cueva.

—Estamos a punto de averiguarlo —dijo Poe, y Centa dejó caer el brazo.

Se dirigió al lugar del resplandor para ver más de cerca. La grieta no parecía dar espacio a otra clase de cámara, por lo que le extrañó que luz proviniera de allí. Cuando menos se lo esperaba su brazo comenzó a brillar también, y dirigió toda su atención a las runas plateadas que lo cubrían por completo en formas retorcidas y complicadas. Centa sacó el rostro de entre los cabellos cuando decidió que Poe tenía demasiado tiempo sin decir nada, entonces, la sorpresa la embargó. Lo más rápido que pudo se puso de pie pero debido a lo improvisado de la acción, y la torpeza de la misma, tropezó y cayó hacia delante sobre su rodilla izquierda.

Ni siquiera se molestó en revisar la rodilla pues en menos de un latido ya estaba corriendo hacia su amigo nuevamente, llevada por la urgencia. Llegó allá y tomó el brazo de Poe entre sus dedos, que se veía a sí mismo atónito, y entonces, un ruido los hizo levantar la cabeza a ambos.

La grieta comenzó a dividirse con un misterioso silencio que no debería acompañar a una roca mientras esta se parte en dos. Se separaron de la pared por cuestiones de seguridad y se olvidaron un momento del resplandor del brazo. Las rocas se deslizaron hacia lados contrarios sin hacer el menor ruido, o tumbar la más pequeña roca de su lugar. Mientras más se abría con más intensidad brillaba la luz del otro lado, y de repente, cuando parecieron detenerse —las paredes de piedra—, se apagó. Y el brazo de él también.

Centa y Poe miraron el brazo derecho de este consternados, y luego se miraron entre sí.

—Parece que tenemos un pequeño atajo aquí —comentó él desviando la vista fascinado a la cueva que se extendió.

Centa miró hacia allá también solo encontrando más tierra, polvo y rocas del otro lado de la repentina compuerta de piedra ahora abierta.

—Nuestra misión... —alegó Centa poco interesada en meterse más profundo hacia allá.

—¡Oh, vamos! —Poe haló su brazo fuera de las manos de Centa, y sonrió ampliamente—. Será un paquete extra como el de un videojuego.

—¿Videojuego? —Dijo Centa segura de nunca haber escuchado esa palabra en su vida, al menos no que recordara.

Poe arrugó la frente no muy seguro de que había dicho.

—No... lo sé. —Poe bajó la cabeza, sintiendo la frustración crecer alrededor y envolverlo en una nube negra de desesperación. Aquel tipo de cosas le pasaban muchas veces... y estaba seguro que tenía que ver con sus runas. Era un émeter. Un émeter es una persona que nace con la habilidad de manejar su entorno, en otras palabras, magia. Poe no sabía en qué campo se especializaba ni le interesaba el saberlo. Los émeter's no eran más que malditos, y ser uno, un castigo.

Muchas veces había hecho mención de alguna extraña palabra que ni él ni nadie conocían, que no pertenecía a ninguna lengua o dialecto y lo peor era que él sentía que en el fondo aquellas palabras extrañas verdaderamente tenían un significado. ¿Paquete de videojuego? ¿Qué demonios?

—Poe —susurró Centa. De repente se vio frágil e indefensa, con aquella expresión de preocupación, pensó Poe. Él no quería verla hacer una cara así de nuevo, así que cuando ella alzó la mano con intención de acariciarle la mejilla, se apartó.

Poe sonrió, aunque esta no le llegó a los ojos.

—Será como explorar juntos, ¿no? —Dijo.

—Poe —volvió a repetir ella, con un tono más fuerte.

—Vamos, recoge tus cosas. No hay tiempo que perder, Centa.

Recogieron todas las cobijas y cualquier otro objeto que tuvieran desperdigado alrededor. Cuando Poe estuvo distraído Centa se escondió entre unas bifurcaciones de la pared para cambiarse de ropa. Había lavado su única muda en un río hacía unos días y no había tenido oportunidad para usarla. Agradeció no tener que usar el uniforme de la guardia en aquella misión, pues no habría aguantado mucho con la misma ropa. Revisó que su rodilla solo tenía unos raspones y los enjuagó con agua para que no pasaran de allí; se puso unos pantalones de cuero negro que le quedaban un poco demasiado ajustados y una camisa desmangada color blanco. Sobre esto colocó la parte de arriba de su armadura de hierro la cual cubría el pecho, el torso y la cintura, sus guanteletes, sus botas —que subían a la altura de la rodilla—, unas hombreras y el yermo con cuernos de dragón que alguna vez perteneció al *espectro*. Con todas esas piezas de hierro encima no tenía prácticamente ningún punto débil al descubierto. Además, llevaba en la espalda su fiel mandoble que podía cortar cualquier cosa en un segundo.

De donde Centa provenía eran escasas las mujeres que fueran guerreras, pero cuando una tenía dote para ello, era un gran honor. Significaba que

era una dama de alma fuerte. Por ello cuando apareció de repente en el ejército fue más que bienvenida.

Se deslizaron por las infinidades de la cueva ahora más larga despacio, porque Poe quería observar todo, por si veía algo nuevo. Centa sabía perfectamente que aquel camino los llevaría a la base del Rukh en apenas unos minutos, después de todo, ella misma había recorrido ese sendero varias veces. Pero quería el camino largo porque necesitaba más tiempo con Poe, así que se arrepentía profundamente de haber señalado el pequeño fulgor y no simplemente haberlo dejado pasar. La extensión de la cueva no era recta, si no que pasaba por varios cruces y bifurcaciones, pero que al fin y al cabo terminó llevándolos al final. Una gran pared se extendía justo como la anterior, pero más alta, y llena de grabados y runas en cada pequeño lugar. Poe se sentía totalmente fascinado así que empezó a dibujar cada runa en una libretita, para investigarlas más tarde.

—Poe —murmuró Centa.

—¡Centa! ¡Ven! ¿Alguna vez habías visto estas runas? —Exclamó Poe más que emocionado.

—Poe —volvió a repetir Centa, un poco más alto esta vez, además, su voz blanda y rota llamó la atención del muchacho.

—¿Eh? ¿Centa estás...? —Poe se interrumpió al darse la vuelta y ver que a sus espaldas su querida amiga lloraba a borbotones. Con rapidez guardó sus cosas y se acercó a ella, y le tomó el rostro entre las manos—. ¿Sucede algo? ¿Quieres ir a casa?

Centa negó con la cabeza entre sus manos, mientras él le limpiaba las lágrimas con los dedos. Esto de poco servía, pues volvían a ser reemplazadas.

—¿Podrías repetirme para qué quieres ser Dirigente de la Guardia Real de Gargaskekmoor?

—¿Qué cosas dices? ¿Por qué lloras?

—Por favor...

—Centa... —Todo el rostro de Poe estaba pintado de preocupación, tanto, que de no tener el bolso cruzado por los hombros se le habría caído. Soltó el rostro de su amiga y la arropó bajo él en un abrazo cálido—. Seré Dirigente de la Guardia Real para acabar con la corrupción en La Corona, en nuestro hogar y en el resto de los cinco reinos. Para que todo el mundo

tenga una mano amiga.

—Es lo que necesitaba escuchar.

Centa deshizo el abrazo para poner una mano en la mejilla izquierda de Poe, y depositar un beso en la otra. Como era de esperarse toda la sangre del cuerpo se subió al rostro del pelinegro lo que sacó una sonrisa a Centa quien había parado de lagrimear. Las mejillas de ella también estaban rojas debido al llanto lo que le daba un aspecto tierno. El cuerpo de Centa comenzó a brillar como si fuera una estrella lo que provocó que Poe entrecerrara los ojos por el ardor de la luz. De la piel de la rubia pequeñas partículas de luz comenzaron a desprenderse como si ella fuera apenas una ilusión.

—¿Centa? ¿Qué es esto? —Poe intentó tocarla pero ella solo estaba allí, volviéndose cada vez más transparente, desapareciendo frente a sus ojos y siendo atravesada por sus manos—. ¡Centa! ¡Centa!

Centa terminó de desaparecer entre sus dedos y estupefacción. Su mente se había vuelto un caos de voces y pensamientos. ¡Centa había desaparecido! Desde un principio solo había acudido allí por él, y se había ido. Y él no pudo sostenerla a su lado. Soltó un gruñido de frustración justo cuando la pared de piedra comenzó a partirse en dos, justo como la anterior, en silencio y penumbra. Cuando el agujero entre las paredes le permitió ver bien a través identificó de inmediato a una especie de espíritu flotando del otro lado. Su cuerpo parecía hecho de aire y tenía difícilmente la forma de una mujer, aunque en vez de pies se resolvía en un espiral y su cabeza era totalmente calva. Esto no la hacía lucir extraña, sino de una forma u otra como sagrada, intocable. Apretó los puños hasta que las manos se le coloraron; él sabía que aquel espectro tendría que ver con la desaparición de Centa.

—¿Quién eres y que le has hecho a Centa?! —Exclamó desenvainando la espada que traía colgando de su armadura y poniéndose en posición de combate.

—Tu espada no me puede lastimar, guerrero —respondió el espectro sin apenas abrir los labios. Su voz fue como el bailar del viento, pero en su cabeza—. Yo nunca heriría a aquella que llamas Centa, de ninguna forma posible.

—¿Por qué debería creerte?

—Porque no tienes más opciones —dijo, y Poe bufó—. Si quieres volver a verla, sígueme.

El espectro le dio la espalda sin voltearse a ver si Poe la seguía, y debido a que ella tenía razón y era su única opción, la siguió, aunque por supuesto

se mantuvo con la espada en guardia. En cuanto cruzó las bifurcaciones de la pared de roca su mundo se transformó, pasó de ser una oscura cueva en medio de la nada a un hermoso paisaje. El suelo se cubrió de grama verde y con flores allí o allá, un cielo azul cubría todo sobre él y se respiraba aire puro. En medio de todo aquello había un único árbol que se extendía algunos metros hacia el cielo; sus ramas estaban puestas en espiral, bastante juntas entre ellas. El tronco lucía grueso y rugoso y algunas manchas blancas lo cubrían en puntos estratégicos.

—Si quieres llegar a la que llamas Centa, debes subir ese árbol.

—Suená fácil —se burló Poe.

—Pero si atravesas más de cinco ramas... caerás y morirás, así que ten cuidado.

Poe tragó saliva pero no dudó ni un segundo en que debía de intentarlo y llegar a Centa, o morir en el intento. Se quitó su armadura pieza por pieza sabiendo que esta lo hacía demasiado pesado para su misión. Se quedó con solo su espada, esta vez envainada, y la ligera ropa que llevaba bajo la armadura. Miró hacia el espectro quien lo observaba expectante y comenzó a avanzar con la grama haciéndole cosquillas en los pies descalzos. Al estar frente al árbol se frotó las manos y tocó las irregularidades que sobresalían. Lo más probable es que si pisaba las ramas iba a morir, así que decidió que era mejor treparse todo lo que pudiera. Se agarró de las irregularidades con las manos y luego subió también los pies, entonces, al ver que estaba bien cogido empezó a treparse de lado, con cuidado de no tocar las ramas.

En su subida encontró un hueco y metió allí un pie y se impulsó para seguir subiendo. Se confió demasiado pues la corteza de la cual estaba cogida la mano izquierda se rompió y aquello le hizo perder el equilibrio y empezó a caer. La espada hacía un ruido desesperante y su corazón parecía querer salirse de su boca, pero pronto encontró una rama de la cual se sostuvo, y por todos los dioses de Hellard, no la atravesó. Colgado de una mano, con la corteza rasgándole la piel y la espada haciendo peso para que cayera vio frente a él una pequeña pluma. Era blanca con reflejos dorados y plateados y de alguna forma le recordó al cabello de Centa. Sabía que lo mejor era estabilizarse, pero algo en su interior lo impulsó a coger la pluma, atrapada entre algunas hojas.

Estiró el brazo libre todo lo que sus músculos se lo permitieron y justo cuando tomó la pluma entre los dedos, su otra mano no aguantó más el dolor y el peso y se soltó. Mientras caía el viento hacía un horrible pitido en sus oídos y empezó a patalear en busca de otra rama, siempre apretando la pluma en uno de sus puños. Supuso que aquella pluma, y el

hecho de no querer soltarla, le provocarían la muerte. Que irónico.

Una luz blanca lo cubrió en su totalidad, cegándole la vista. Cerró los ojos impulsivamente pensando que tal vez así lucía el infierno, así de brillante y ardiente. Y es que no podía ganarse el cielo después de abandonarlo todo por una estúpida pluma. Pero, ¿por qué aún allí, sintiendo rencor contra la maldita pluma, seguía tomándola con fuerza?

La luz se fue de golpe, y sus ojos lastimados se abrieron contra su voluntad. Le obligaron a ver un lugar vacío solo rodeado de blanco, como si estuviera flotando sobre la nada. En algún espacio de aquel lugar sin medidas se extendía una enorme puerta doble de color negro con detalles verdes olivo en los bordes. Frente a la puerta el espectro lo miraba con detenimiento, como si ya hubiera estado preparada para su muerte. Poe miró la pluma aún entre sus dedos y se llevó una mano al corazón, seguro de que moriría del susto. Se acercó al espectro con pasos fuertes y levantó los brazos al aire exasperado.

—¿Qué ha sido eso? —Reclamó con los ojos desorbitados.

—Solo la primera rama se hubiera desaparecido al ser pisada, guerrero.

—Poe abrió la boca para blasfemar al maldito espectro que lo engañó, pero fue interrumpido por el mismo—. Has aprobado, pues tu verdadero objetivo era obtener la pluma, no subir el árbol.

—De verdad tienes ganas de que nadie atravesara esa puerta, ¿no? Porque podrías decir el objetivo verdadero desde un principio, pero no, prefieres ver infelices morir. —Dijo señalando la puerta donde supuso estaría Centa—. Conmigo tu plan ha fallado... así que si me disculpas...

—concluyó dejando la frase al aire.

—Guerrero —pronunció el espectro cuando Poe comenzó a caminar directo a la puerta—. Dame la pluma y podrás pasar.

Poe se giró para dejarle en claro que aquella pluma le pertenecía desde el momento en que casi murió por ella pero el espectro se derretía en un charco de agua. Volvió a subir como si fuera cera amoldándose y se volvió una especie de columna pequeña con un tazón encima, hecho de hielo. Poe se acercó y probó poner la pluma allí —aunque sintió reticencia, debía hacerlo por Centa—, y un ruido a sus espaldas se activó. Cuando se giró las puertas enormes estaban abiertas y le daban la bienvenida a una nueva sala.

Totalmente desconfiado desenvainó su espada y avanzó en el espacio en blanco, que tomó forma de habitación detrás de las puertas. Entró en un espacio repleto de riquezas: había oro, joyas, plata y delicias en cada rincón. Pero por sobre todo había plumas doradas y plateadas muy parecidas a la que él había dejado atrás. Avanzó descalzo sobre un piso

muy frío para su gusto, mirando alrededor y nunca abandonando su posición defensiva. Llegó a unos pequeños tres escalones que bajó para llegar al piso de abajo, donde una especie de altar se alzaba. Más bien era un espacio redondo con columnas alrededor, y en medio, un ave. Era enorme y dorada y muy parecida a una mezcla de águila y cuervo. Sus alas terminaban en plumas blancas y su cabeza y cola de igual forma. Sus ojos brillaban de un rojo intenso, y en cuanto sintió presencia, levantó la cabeza.

El Rukh era conocido por ser un ave monstruosa y letal. Las leyendas cuentan que atacaba marineros en medio del mar y destruía sus naves con las garras, y también, que atrapaba elefantes con las patas para comérselos enteros. Que comía oro y plata y su plumaje lucía del color de su alimento más reciente, y que su base estaba repleta de riquezas. Y lo más importante: sus plumas poseían propiedades mágicas, por lo que llevar de estas en tu armadura te hacían tan ligero que ni el más suspicaz oído podría escuchar tus pasos. Pero era difícil obtenerlas pues era un ave violenta y letal.

Pero aquella ave no lucía violenta y letal, sino triste y resignada.

Cuando el ave se paró sobre sus patas Poe dejó su espada a la vista, dejando saber que no iba en paz. Que recuperaría a Centa y de paso cumpliría su misión. El ave avanzó más y Poe no se movió de su sitio porque tampoco es que se estuviera buscando la muerte. Pensó entonces que si hubiera sabido todo aquello desde un principio habría intentado subir el árbol con la armadura puesta. El ave hizo una especie de movimiento con la cabeza que parecía como si negara.

"Esa espada no podrá matarme —murmuró una voz en su cabeza sobresaltándolo—. Soy un ser ancestral con muchos más años de los que tú podrías contar."

Él reconocía a la perfección aquella voz. ¡Era la voz de Centa, por todos los dioses! Negó con la cabeza, seguro de que aquella bestia solo quería confundirlo para hincarle las garras, pero no podía dejar de mirarla como si la conociera de algún lado. Un resplandor dorado llamó su atención; justo frente a él un mandoble hizo presencia. Era plateado y poseía una rubí incrustado en el mango, además, su hoja era tan delgada que cortaba cualquier cosa. Soltó su espada sin siquiera pensarlo y esta cayó al suelo haciendo un sonido tintineante. Se acercó con cuidado y tomó el mandoble de Centa, que de inmediato apagó su fulgor.

El Rukh se acostó sobre su panza y bajó la cabeza como si estuviera esperando su momento final. Poe frunció el ceño; aquella no era el ave peligrosa de la que tanto hablaban los ancianos de las aldeas.

"Esa es la única espada que se deshará de mi alma, Poe. Atraviésame con ella y cumple lo que has venido a hacer".

Poe no confiaba en aquel ave, pero decidió hacer lo que le decía con rapidez y acabar con ella.

"Hazlo antes de que cambie de opinión" —lo instó.

Poe avanzó con cuidado hacia el Rukh, temeroso de que todo aquello fuera una farsa, siempre con el mandoble en frente. El Rukh lo siguió con la mirada rojiza hasta que él llegó a su lado, entonces, cerró los ojos. Poe levantó el mandoble con ambas manos y se movió de lado hacia el lomo del ave.

Sabía que solo tenía que bajar la espada y el Rukh moriría, volvería con Centa y además terminaría su misión. Más algo parecido a lo que lo obligó a tomar la pluma le susurraba que no debía hacerlo, que no matara al Rukh. Él supo entonces que todo aquel tiempo había sido manipulado por el espectro, si no, ¿qué otra cosa podría estar interfiriendo en sus propias decisiones? Después de todo no era muy normal escuchar voces mandonas en la mente, en definitiva. Decidió que aquella vez no obedecería y dando un grito de guerra incrustó la espada en el lomo de la bestia. Sintió como el arma atravesaba la carne y órganos del animal, como se salpicaba de sangre al sacarla y volverla a introducir y sonrió ante el sonido adolorido que emitía el ave.

Los alaridos de dolor del Rukh llenaban todo el espacio pero por alguna razón Poe no podía parar de reír, entonces sacó su espada por última vez y su sonrisa se borró. ¿Se estaba volviendo loco? En aquel instante sintió un terrible dolor en el pecho y a su honor decaer. ¿Matar a un animal indocto así como así, mientras este solo se dejaba morir bajo su espada? La espada. La espada lo estaba volviendo loco. Sentía que ardía entre sus manos, que le calentaba las venas y que lo tomaba por completo. Estaba llena de sangre al igual que su rostro, y la dejó caer, rendido. De igual forma cayó él al suelo incapaz de creer la crueldad que había cometido, él quien buscaba paz y justicia.

El Rukh comenzó a brillar hasta que se volvió una silueta de luz, y entonces, esa silueta comenzó a cambiar de forma. Primero que nada se encogió al tamaño de un ser humano y sus alas fueron sustituidas por brazos, sus patas por piernas. Su torso se alargó y tomó cintura y caderas. El fulgor fue disminuyendo pausadamente hasta que se fue por completo, allí, con los ojos negros desorbitados de dolor y las costillas atravesadas por varios cortes de espadas se encontraba Centa, con el pelo rubio platinado siempre brillando ante los ojos de cualquier iluso.

—Centa...

Estaba muriendo, Centa estaba muriendo y él mismo había sido el asesino.

—¿Centa?! —Volvió a gritar deslizándose hacia ella todo lo rápido que sus rodillas se pudieron arrastrar por el suelo—. ¿Qué clase de truco es este? ¿Por qué estás tú aquí Centa? —Cuestionó mientras se posaba a su lado, con el corazón latiéndole desenfrenado. Observó a su amiga, que iba totalmente desnuda y de no estar en aquella precaria situación se habría sonrojado peligrosamente.

—Poe, sigues aquí... —murmuró ella luchando para mantener los ojos abiertos. Levantó una mano pálida con esfuerzo y le acarició la mejilla, cuando una lágrima cayó en la suya propia—. No llores, no es tu culpa. Yo he decidido sacrificarme por el bien de tu futuro...

—No, no hables, ¿qué cosas dices? ¡Nadie me dijo que el Rukh tenía forma humana! —Poe puso su propia mano sobre la de Centa, que se sentía fría, y se sintió verdaderamente desesperado—. Escucha, mantente despierta, es lo único que pido. Entonces, encontraré la forma de curarte y volveremos juntos, ¿sí? No necesito ser dirigente de nada... contigo estoy bien, Centa.

Centa soltó una pequeña risita que desentonó en toz y luego se llevó su mano libre al torso.

—Me desangro Poe... —dijo bajito, dejando cerrar los ojos.

—Centa, no cierres los ojos, aguanta... —le dijo Poe también en tono bajito, y puso la mano de ella sobre su estómago. Se quitó la camisa con rapidez y haló un retazo de tela, rompiéndolo—. ¡Espectro, espectro! —Llamó mientras trataba de vendar las heridas para retrasar el flujo de la sangre—. ¡Espectro, ven!

—Poe...

—Calla, Centa. Por una vez solo calla, por los dioses.

—Poe, Évera no puede salvarme.

—¿Évera? ¿Así se llama el espectro? —Inquirió Poe, atando el vendaje—. ¡Évera, por los dioses, apare...!

—¡Poe! —Lo interrumpió Centa con su último aliento de vida—. Ya... es muy tarde para mí. Sé un buen Dirigente, Poe... —Centa volvió a cerrar los ojos pero esta vez su vida se fue con ellos, y su pecho no volvió a

subir o bajar más después de unos segundos. Solo se quedó quieto.

Poe desistió de intentar venderle las costillas y sintió como lágrima tras lágrima empezaba a bajar por sus mejillas y un dolor tremendo estremecerle todos los sentidos. Sintió ardor en los ojos y en el corazón. Poe pasó un brazo por debajo de la nuca de Centa, y el otro por debajo de sus piernas para poder cargarla. El espectro, Évera, no iba a aparecer al parecer y lo único que podía hacer era llevarse a Centa y vivir con el recordatorio de lo bajo y vulnerable que había sido al dejarse embargar de aquellos malos sentimientos. Si tan solo hubiera escuchado... si tan solo hubiera hecho caso a la voz del espectro nada de eso hubiera pasado.

—Oh, Centa —dijo—. De haber sabido que tú eras el Rukh...

—¿De haberlo sabido qué, guerrero?

Poe miró al espectro con ojos vacíos; quería enojarse con ella, pero no sentía ánimos para desatar en furia. Y por sobre todo eso, al final, solo era su culpa.

—¿Por qué no evitaste esto?

—Porque esto era lo que *mi* Rukh deseaba, ¿qué podía hacer yo al respecto? —Évera suspiró con cansancio y Poe creyó que en lo profundo de sus ojos vio algo de dolor—. Cuando mis hermanos me advirtieron que darle forma humana era mala idea no les creí... pero ahora que ha pasado todo esto, de verdad me siento arrepentida.

—¿Hermanos? ¿Hay más como tú? ¿No pueden devolverle la vida?

Évera dejó ver algo que a simple vista parecía una sonrisa. De igual forma que el Rukh lo había hecho antes el espectro empezó a brillar tanto que se volvió una silueta, y cuando este fulgor se detuvo, tenía forma humana. Ya no era más un espectro del viento. Era una mujer de ojos tremendamente azules; su pelo era el más negro Poe hubiera visto jamás, incluso más que el de él. Su piel era tan pálida como la de Centa y llevaba un simple vestido blanco que le cubría los pies y los brazos en su totalidad.

—¿Quién eres? —Masculló Poe, dando un paso hacia atrás con Centa en brazos. Esa cosa había hablado sobre Centa como si fuera suya, por lo tanto, no dejaría que se la quitara.

—Que descortés llamarle cosa a una *diosa*, guerrero.

El entendimiento cruzó la mente de Poe como si fuera un rayo. En el continente de Hellard se les brindaba culto a seis dioses a quienes se les creía los creadores de todo. Cinco dioses y una diosa. Ella, la menor de

sus hermanos, era llamada la diosa Évera; diosa de la nada, del todo, de los truenos, del tormento, de la calma y la paz. Todos los dioses tenían un ser, el de Évera, el Rukh.

Poe parpadeó dándose cuenta de que número uno, había una diosa frente a él, y número dos, la había hecho enojar.

—Que débiles son los humanos —dijo la diosa—. Aquella espada está encantada y solo las personas más puras de corazón pueden usarla sin sucumbir ante su tacto. Pero tú estabas más concentrado en las plumas del Rukh que en rescatar a tu amiga, Poe, solo te engañabas a ti mismo diciéndote que todo eso era por la que llamas Centa. Al final, cuando viste al Rukh, te olvidaste de ella e ignoraste mi voz de advertencia con la pobre excusa de que matar era la salida. ¿Qué son los lazos humanos, guerrero?

Poe no respondió, y por supuesto, Évera sonrió.

—Son frágiles, tan delicados. —Évera dio un paso que Poe retrocedió—. Son también crueles y presagios de la mala suerte. Te amarran a otro ser, y los humanos, conmocionados por el suave tacto de la seda se dejan atrapar. Mi Rukh murió porque se dejó envolver por la dulce seda del lazo; y quiso cumplir tu deseo. Rukh era astuta, pero ni ella, ni los humanos y ni siquiera los dioses se pueden resistir al lazo de la perdición, guerrero. —La diosa miró al Rukh con ternura, como si le tuviera mucho aprecio—. Te amaba... —dijo en un susurro.

Poe se quedó estático. Si ella era la diosa Évera podría volver a Centa a la vida, darle lo que él le quitó. La dejaría en paz, la dejaría ser el Rukh. La dejaría. Apretó el cuerpo de Centa contra su pecho, incapaz de dejarla ir.

—Usted, Su Santidad... puede devolverle la vida —afirmó Poe.

—¡Que insolente! —Exclamó la diosa y con un chasquido de sus dedos Centa desapareció de los brazos del muchacho. Apareció flotando sobre la cabeza de Évera en forma horizontal. Llevaba un vestido blanco cubriendo su desnudez y el pelo estaba atado en una trenza que reposaba sobre su pecho; nunca se vio más hermosa—. Ahora me hablas con respeto, pero cuando creías que yo era un simple espectro me hablabas de cualquier forma... En verdad eso me molesta de los humanos, y a pesar de que mis hermanos me enviaron hasta aquí... aun no aprendo a amarlos.

—Su Santidad...

—¡Calla! —Gritó Évera—. También dices que de haber sabido que el Rukh era tu Centa no lo habrías matado... —La diosa alzó una mano frente a ella y de inmediato Poe sintió como se le cerraba la garganta. El aire no entraba; empezó a hiperventilar y mientras más cerraba Évera la mano

más se cerraba su garganta—. ¿Cómo pueden ser tan indiferentes con lo desconocido? Mi pobre Rukh...

—Má... teme... —logró decir Poe mientras se arañaba la garganta en busca de aire—. Es... lo que... merezco.

Évera apretó su mano en totalidad y lo soltó de golpe, dejándole respirar. Poe cayó de rodillas en el suelo tratando de aspirar todo el aire que sus pulmones pudieran acoger con una horrible tos que le dificultaba su objetivo. La diosa lo miró desde arriba con rencor en la mirada. Sus hermanos la consideraban joven e inexperta, no la consideraban material de diosa. La habían condenado a vivir en la tierra para que aprendiera a amar a los humanos... pero ella no podía ver más que odio y crueldad en aquellos seres que ellos mismo habían creado. El mundo era mucho mejor cuando solo animales caminaban por sus tierras.

Y a pesar de ser una diosa *joven e inexperta* creyó haber tomado la decisión correcta en aquel momento. Ella sabía a la perfección que si en algún momento reencarnaba en forma humana, y no espiritual como se mostraba por allí —de modo que solo quien ella deseara podría verla—, su Rukh lo haría con ella. Pero aquel hombre merecía sufrir y la muerte era un castigo muy leve.

—No morirás, Poe. Tampoco podrás quitarte la vida nunca; tu única salida será morir por vejez —pronunció con un tono que no daba espacio a réplicas y llamándolo por su nombre por primera vez—. Tu condena será vivir una larga vida recordando que has matado a la mujer que amas y que ella ni siquiera podía defenderse de ti. Tu condena será saber que fuiste tan cruel que mataste a un animal indefenso solo porque no tenías relación con él; y cuando mueras, tu último recuerdo será la cara de dolor que llevaba plasmada mi Rukh al momento de morir. Tu castigo es *el saber*.

—Por los dioses, por usted... yo pensé que si mataba al Rukh recuperaría a Centa... Matar fue la única opción que vi.

—¿Y qué te indicó que al matar al Rukh la tendrías? Tenías a un espectro a tu lado y por tu terquedad nunca preguntaste lo que necesitabas saber. Has venido desde el reino de Gargaskekmor hasta aquí solo a cumplir aquel horrible objetivo. Pero fuiste manipulado, y yo, castigaré a aquellos que se han atrevido a desafiarme. —Évera hizo amago de irse, pero antes, tuvo algo más que decir: —Los humanos creen que los émeter's son malos, que la magia es una desdicha. Pero no saben que quien posee el don de la magia tiene la bendición de los dioses... tú, guerrero, habrías podido salvarla pero ni siquiera sabes a que campo perteneces. Tú, que tienes una mente tan débil y manipulable no tienes el derecho a tal honor.

La diosa absorbió toda la magia de Poe y las runas de este se desprendieron de su brazo como si fueran pequeñas estrellas doradas abandonando el cielo. Le dio la espalda al muchacho, quien arrodillado en el suelo se sentía vacío, inútil y débil.

—Y Poe —volvió a agregar ella—, tus campos mágicos eran la curación y la sabiduría, por eso sabes palabras que no deberías. Por eso podías salvarla.

La diosa Évera se marchó llevándose con ella el cuerpo de Centa, llevándose con ella un pedazo vital de Poe, llevándose con ella todo lo que él pudo ser, pues al final y con aquel gran cargo sobre su conciencia, solo le quedaba miseria y dolor. Y le dejó una horrible verdad oculta: de haber aprendido a amar su magia y de haberla hecho parte de él, él habría salvado a Centa. No, de no haber sido de voluntad débil no la habría matado tan injustamente en primer lugar.

Solo le quedaba un objetivo en aquella eterna vida a la que había sido condenado: cumplir la última voluntad de Centa y ser el mejor Dirigente que jamás haya existido.

Un grito de frustración acompañó sus lágrimas, y añoró lo que jamás podría tener. Se pasó las manos por el rostro y estas se llenaron de la sangre que le salpicó la cara, de la sangre del Rukh, de la sangre de Centa. Se quedó allí, de rodillas, y le lloró al vacío.

—Te amo, Centa.